

CAPÍTULO oriental 9

la historia de la literatura uruguaya

PROSA DEL MIRAR Y DEL VIVIR



Este fascículo ha sido preparado por el crítico Dr. Carlos Real de Azúa y adaptado por el Departamento Literario del Centro Editor de América Latina.

CAPITULO ORIENTAL presentará semanalmente, en sus treinta y ocho fascículos, la historia de la literatura uruguaya. El conjunto abarcará un panorama completo, desarrollado en extensión y en profundidad, de las obras más representativas de la producción literaria nacional, desde la Conquista y la Patria Vieja hasta nuestros días. El lector podrá coleccionar el texto ilustrado de estos fascículos para contar con un volumen completo al cabo de su publicación; simultáneamente, separando las tapas podrá disponer de una valiosa iconografía de la historia del país.
Los libros que acompañan a los fascículos formarán la "Biblioteca Uruguaya Fundamental".

9. Prosa del mirar y del vivir

Eugenio Garzón visto por Pelele.

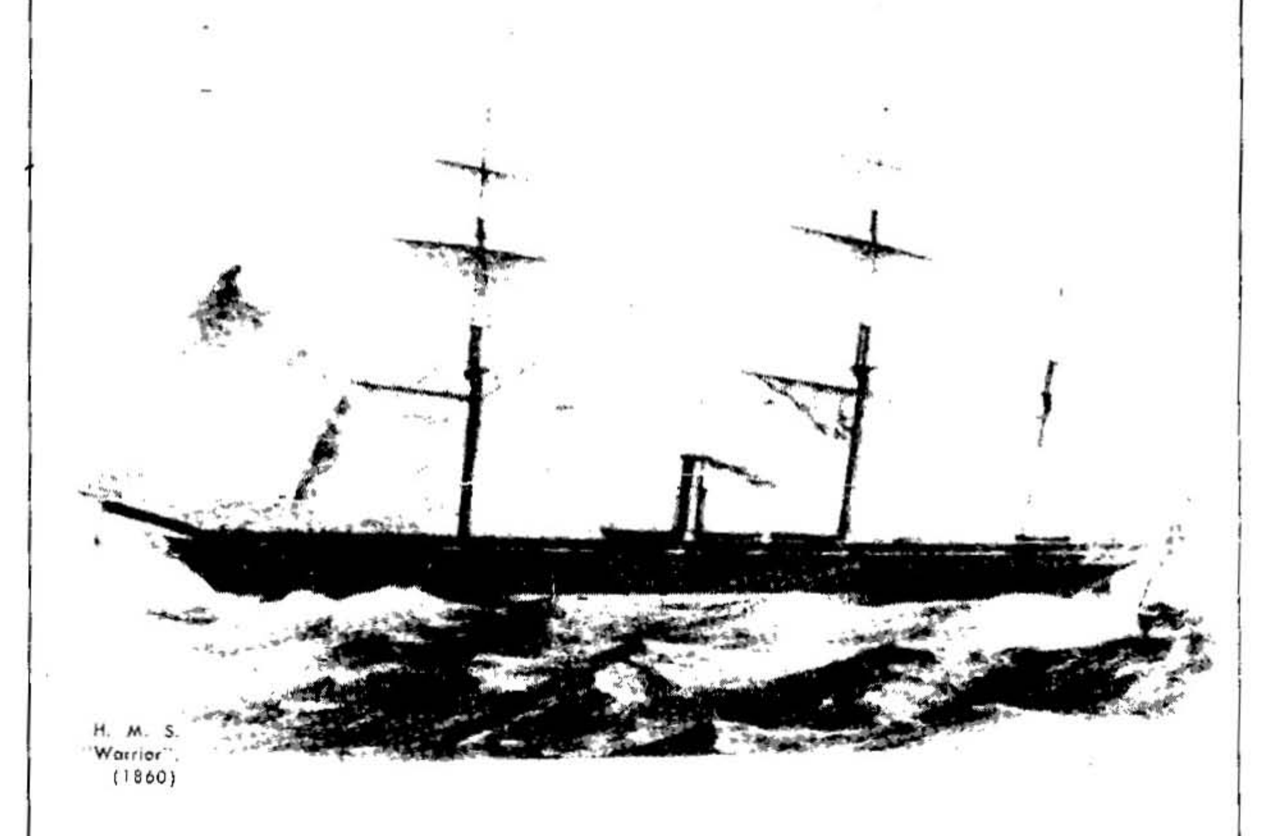
PROSA DEL MIRAR Y DEL VIVIR

Constituye ya un tópico de la historia literaria la escasez del caudal autobiográfico en el área cultural hispánica y latinoamericana. Parecería que variadas y concurrentes inhibiciones empequeñecieran —comparativamente hablando— en la literatura de los pueblos de habla castellana, esa prosa del mirar y del vivir que en la francesa, las anglosajonas, la alemana, es muy abundante y, frecuentemente, valiosa. ¿Opera acaso una retracción a todo juicio franco, sin trabas, sobre gentes contemporáneas que por sí, o por sus descendientes, podrían reaccionar en forma descomedida frente a cualquier dictamen negativo, a cualquier revelación no deseada? En sociedades de relación interindividual áspera y pasional es siempre una posibilidad que ha dilatado, a veces por décadas, la publicación de ciertos testimonios. ¿Desgano, tal vez, indiferencia y aun humildad ante lo que cada uno pueda aportar a la mejor dilucidación de ciertos acontecimientos, de ciertas corrientes de acción o de opinión? ¿O apego de los personajes, o de los que se consideran tales, a cierta imagen hierática, retocada, de sí mismos? Todo puede ser, y los efectos de tantos posibles móviles resultan incontrastables. Pero ello no significa que la literatura uruguaya no presente un patrimonio considerablemente amplio de obras de testimonio ni que entre esas obras no brillen algunas de auténtica calidad.

Al principio de sus memorias, y en tren de justificarlas, Arthur Koestler distinguía en toda labor de ese tipo, lo que llama **el acicate del cronista** ("the chronicler's urge") y el **motivo ecce-homo**, o exhibición de los propios adentros. Y agregaba: "Ambos deseos nacen de la misma fuente, que es la fuente de toda literatura: el deseo de compartir con otros las propias experiencias y, por medio de esta íntima comunicación, trascender el aislamiento del yo".

A LA BÚSQUEDA DE UNA LITERATURA TESTIMONIAL

Móviles, se dirá entonces, demasiado comunes a todas las formas literarias como para que no resulte espinoso y necesariamente matizado el deslinde del material bibliográfico que hemos de examinar. Dígase, en vía de abreviación, que lo distingue de la novela y del cuento, de lo regularmente rotulado como "narrativa", la ausencia de ese núcleo de "ficción", de esa relación de "como si" con el mundo de datos empíricos, la falta de ese designio de "construcción", de esa fuerza estructurante peculiar a las obras de imaginación. Dígase también que si el caudal testimonial se entrelaza y hasta confunde a menudo con la historia y hasta la geografía hay ciertas líneas claras, factibles de clivaje. Es la que separa, por ejemplo, la situación en que el escritor es centro regular del relato y su perspectiva es punto de vista no escamoteado y aquélla en la que la presencia del autor es meramente tácita y aún opera una deliberada voluntad impersonalizadora. O la que marca el paso, igualmente, entre la espontaneidad desordenada con que se dan los elementos de la visión o la memoria de la peripecia personal y otra actitud que vierte esos elementos, pero


H. M. S. "Warrior". (1860)

ya disciplinados por una postura metódica e hilos cronológicos, espaciales o temáticos determinados. Si a ejemplos nacionales hemos de recurrir, todo lo anterior se iluminaría de modo inequívoco con el contraste entre los escritos de Ramón de Cáceres y los "Apuntes históricos" de Larrañaga y Guerra.

Los precedentes desgloses son, sin duda, los fundamentales, pero aún vale la pena practicar otras restas. Mucho dicen los hombres de sí mismos y de sus experiencias en tierra oriental o fuera de ella, en una cuantiosa papelería édita o inédita de cartas, discursos, alegatos, memoriales. Pero buena parte de lo que hay en esa letra (en la que sería regularmente pedantesco distinguir lo directo y lo indirecto, lo experiencial y lo meramente informativo) carece de esas condiciones de mediatez, desinterés, sentido de la densidad de los sucesos que son requerimientos no puramente decorativos sino absolutamente esenciales de toda literatura testimonial que valga la pena. Similares deficiencias, a las que se unen la extrema dispersión del material que nos interesa (lo que también suele ocurrir en la categoría anterior) pueden ofrecer algunos epistolarios. Y en otros casos, que se inscribirían más formalmente en la literatura testimonial y autobiográfica, el descarte procede porque los textos (y es el rasgo de la regular cantidad que colacionó Andrés Lamas hacia 1852-1853) son escuetas, resecas enumeraciones de sucesos y servicios de índole civil o militar —autobiográficas en fin— pero en las que falta todo ingrediente de interpretación y caracterización, toda esa aura ambiental necesaria y aun imprescindible, todo registro de ese espesor de vida social e histórica que entorna la trayectoria de los actores y que constituye el valor cimero, cabalmente literario del material que hemos de reseñar.

De más está decir, por último, que si de literatura uruguaya hablamos, debe ser excluída la valiosa colección que componen las muchas páginas en que viajeros y residentes extranjeros contemplaron el pintoresco mundo uruguayo de ayer y aun emitieron sobre él juicios frecuentemente perspicaces y veracísimos.

PROTAGONISTAS Y CONTORNOS

Prosa del mirar y el vivir hemos titulado este sector de nuestras letras y si así lo hicimos es porque el material que él integra admite con toda naturalidad una partición muy clara. Por un lado, la labor escrita de nuestros uruguayos capaces de cumplirla ha ido acumulando una masa autobiográfica de índole por lo general espontánea que, ya sea en forma cabal de "memorias", ya por el procedimiento de apuntación que el "diario" importa, trata de dar cuenta del curso de una vida y de la suma de sus experiencias. A veces, y es hecho muy frecuente, el designio es más corto y más especial y puede estar representado por un viaje determinado, por un episodio de gran

significación, por una serie de acontecimientos dotados de coherencia y unidad, como es, por excelencia, la abundante literatura autobiográfica que sobre nuestras guerras civiles existe. "Prosa del vivir" es toda ella, en la que la actuación de un protagonista es la línea vertebradora del suceder aunque también la mirada recoja, del medio que envuelve al personaje, visiones y figuras.

Distinta es la condición, aunque no siempre sea dable establecer una nítida solución de continuidad, de la que hemos llamado "prosa del mirar". Un testigo, claro, hay tras ella, y su percepción y recuerdos tamizan y ordenan el material temático. Pero ese material busca redondear su propio contorno y adquiere, por así decirlo, una relativa autonomía y un valor en sí. Es el caso, para poner uno muy notorio, de todo lo que compone el amable desorden de **Montevideo antiguo,** la vivaz colección de Isidoro De María y aun de lo que corre bajo el aparente rótulo de un volumen de memorias, tal como sucede en **Recuerdos de mi tiempo,** de Antonio Pereira.

Con la mención de esas obras estamos de pleno en la primera forma estilística de esta literatura: es el costumbrismo de origen español, ese "cuadro de costumbres" que desde la entraña misma del romanticismo preanuncia el futuro realismo literario y que Allison Peers llama la forma "ecléctica" con que se atemperaron los excesos románticos. Con el desvaído precedente del francés Jouy, fueron Larra, Mesonero Romanos y Estébanez Calderón los escritores que le dotaron de cierta eminencia que, como ya hubo ocasión de registrarlo a propósito del primero, incidió activamente en la dócil y aun muy españolizada intelectualidad de Latinoamérica. Y como tal forma quedaba bastante vecina de ese otro muy peculiar molde romántico que fue el de la "leyenda", la mixtura, el trasvasamiento de ambos rebrotó de este lado del Atlántico en la feliz realización del peruano Palma y sus **Tradiciones.** Verdad y fantasía, cercanía y distancia, pasado y presente se aunaron en esa renovada estructura que permitía el recurso libérrimo a los fueros de la imaginación pero también autorizaba todas las complacencias de la observación sabrosa y menuda puesta a rescatar lo singular, lo "típico", lo "pintoresco" de nuestras sociedades en incontenible trance de modernización.

Nuestra literatura, como ya hubo oportunidad de decirlo, no gusta de bruscas rupturas y es por ello difícil marcar muy concretamente la sucesión del costumbrismo romántico-realista a la forma que le suplantó.

Artículos se llamaba el libro en que Daniel Muñoz ("Sansón Carrasco") reunió en 1884



Antonio Lussich



Cnel. Ventura Rodríguez

sus páginas sueltas y acaso sea éste el nombre que mejor conviene a la categoría sucesora. Una categoría que se haría bien pronto la estructura aun más nueva, más breve, más nerviosa de la "crónica", ya bajo los influjos del 900 y del magisterio de los grandes periodistas asentados en París y en Madrid, entre los que se contaría incluso el gran Darío pero cuyo maestro indiscutido fue el guatemalteco y malafamado Enrique Gómez Carrillo.

El escorzo, la elipsis sustituirían a la densa corporeidad del costumbrismo; la sonrisa a la risotada; el "humour" y el "esprit" al pésimo, fatigado "gracejo".

El tipo tuvo a principios de siglo sus maestros en Antonio Bachini (1860-1932), Julio Piquet (1861-1944) y Blixen (1867-1909). Pero también en ellos hay mucho de la veta crónico-costumbrista.

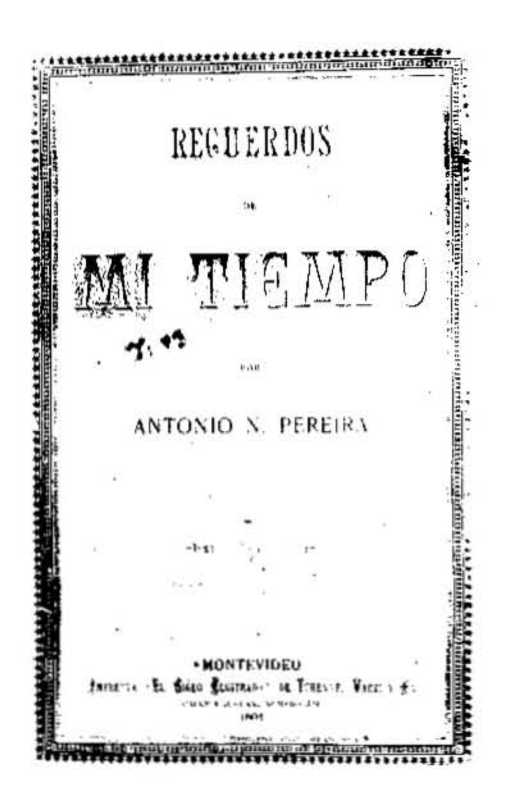
Muñoz, Samuel Blixen ("Suplente"), Leopoldo Thevenin ("Monsieur Perrichon") pero también Carlos María Maeso y aun la producción desordenada e irregular de Teófilo Díaz ("Tax") se filian en este nuevo tornasol literario, que encontró su lugar natural en una prensa periódica todavía densa e intelectual, pero ya agilizada y abreviada respecto al trascendentalismo y longitud de la de décadas precedentes. Tampoco ahora es fácil, empero, marcar límite preciso entre esta "prosa del mirar", cuya pista seguimos, y la forma general del artículo periodístico, tal como se ha prolongado hasta nuestro mismo tiempo y en el que el centramiento temático, la índole indirecta de la experiencia y el movimiento infaltable hacia cierta generalización del significado sitúa el género en un dominio específicamente distinto.

Queda fuera de nuestro propósito de examen, y será tema de un capítulo especial de esta obra, la descendencia —que no fue por cierto una declinación— de esta línea literaria. Nos referimos a la entonación humorística de un neo-costumbrismo que se vertió originariamente por la vía periodística para ser recogida más tarde en volúmen y pervivir en él de modo más eficaz que mucha literatura de más subidas ambiciones. No sería aventurado fijar los prodromos de esta etapa en Santiago Dallegri ("El alma del suburbio", 1912); en Antonio Soto ("Boy") y el grupo de "los galleguitos" de **El Plata**, hacia los años veinte; Arthur N. García ("Wimpi"), Isidro Más de Ayala ("Fidel González"), Luis Alberto Varela y, sobre todo, el siempre recordado Julio C. Puppo ("El Hachero") representan entre otros en tiempos más cercanos o en el presente una dirección literaria cuya vitalidad no parece todavía seriamente amortizada.

ORIENTALES QUE SE INCLINARON SOBRE SU PASADO

Memorias, autobiografías y diarios, ya se decía, no admiten y menos requieren siempre una consideración crítico-literaria. En ese caudal hay niveles relativamente distantes y la misma diversidad de los móviles que lo ha ido suscitando, al tiempo que también diluye sus contornos, acrecienta sus discontinuidades.

Que las **Memorias** (1920) del Dr. Mariano Ferreira sean de tan penosa platitud, se explica por cierta habitual prisa recapituladora, o por incapacidad de recordar, o por el retraimiento ante toda visión ácida, concreta, todo juicio caústico, que es la sal de las memorias. La índole lineal y reseca de muchos recuentos se justifica, ya por su carácter urgido y "a posteriori", ya por cierta estrechez de concepción que hace inconcebible otra alternativa. Ésta es tal vez la explanación del mero valor aclaratorio de la "Memoria" de Pérez Castellano sobre los sucesos de 1806, o del "diario" del segundo sitio de Montevideo, de Bartolomé Muñoz, o de la "memoria de los sucesos de armas" atribuido muy dudosamente a Rivera, o de las "apuntaciones históricas" de Carlos Anaya, o de las notas biográficas entregadas a Lamas después de 1851 por José María Re-


RECUERDOS

MI TIEMPO

ANTONIO N. PEREIRA

MONTEVIDEO

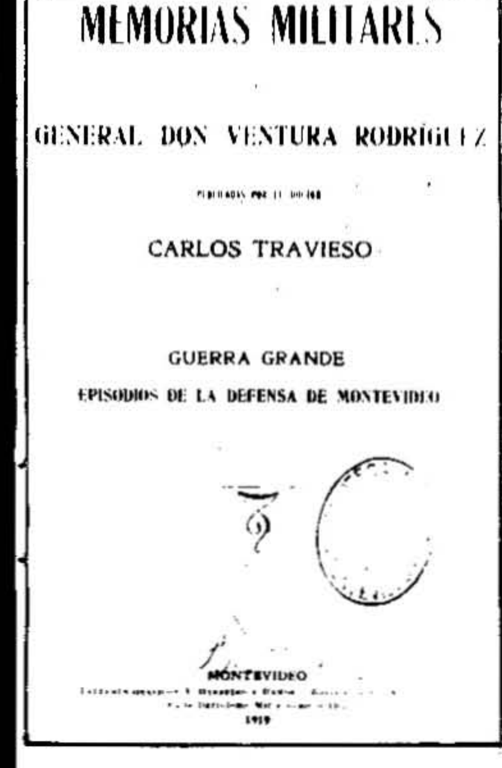
yes, Lorenzo J. Pérez, Possolo, Enrique Martínez y otros. Una descolocada creencia en el interés de notas, informes y discursos —o tal vez el pudor, la pereza si no siempre la incapacidad expresiva— arruina ciertos bocetos autobiográficos de las últimas décadas en los que algún hombre público, algunos técnicos, creyeron cumplir tarea útil; **Recuerdos de la carrera** (Compiegne, s. d.), de Alberto Guani, debe constituir el modelo de este desacierto.

Está también, claro, el otro extremo. Es el del material autobiográfico procesado con claro designio literario, rasgo constante de algunos textos en que narradores y poetas de la generación de 1918 se han complacido notoriamente. Tal el caso de la introducción en prosa de Oribe a su **Rapsodia bárbara.** O **Chico Carlo**, de Juana de Ibarbourou. O los "entretenimientos" de Ipuche en **El yesquero del fantasma** (1943), **Caras con alma** (1957), **Hombres y nombres** (1959). O aun la "memoria familiar" de Justino Zavala en **Crónica de Muniz.** Un libro que, por otro lado, sirve para marcar el "continuo" que existe entre todo esto y unas formas narrativas en las que la "parte de la persona" o la "parte de la familia" (Carlos Martínez Moreno) son tan sustanciales.

La multiplicidad de móviles del conjunto memorial ayuda asimismo, y en mucho, a explicar su diferente entidad.

El servicio de información periodística —y León de Palleja fue un precursor— contribuyó desde principios de siglo a engrosar un valioso material que no ha sido sino raramente recogido en libro. Es el de la "entrevista", que nuestro viejo diarismo tuvo en predilección y que fijó la estampa de casi todas las expectabilidades extranjeras que pasaron por nuestra tierra y dejaron a veces tras ellas sabroso y casi nunca edificante anecdotario. Es una técnica en la que se destacaron el uruguayo-porteño J. J. de Soiza Reilly y el hispano-uruguayo Vicente A. Salaverri. Rómulo Rossi, en varias colecciones, se dedicó a la entrevista sistemática de viejos memoriosos, en su caso orientales, pero el resultado, discutible o no, declina más bien hacia los planos de la historiografía.

Más allá todo queda a desbrozar. Falta entre nosotros un estudio similar al espléndido de Adolfo Prieto sobre **La literatura autobio-**


MEMORIAS MILITARES

GENERAL DON VENTURA RODRÍGUEZ

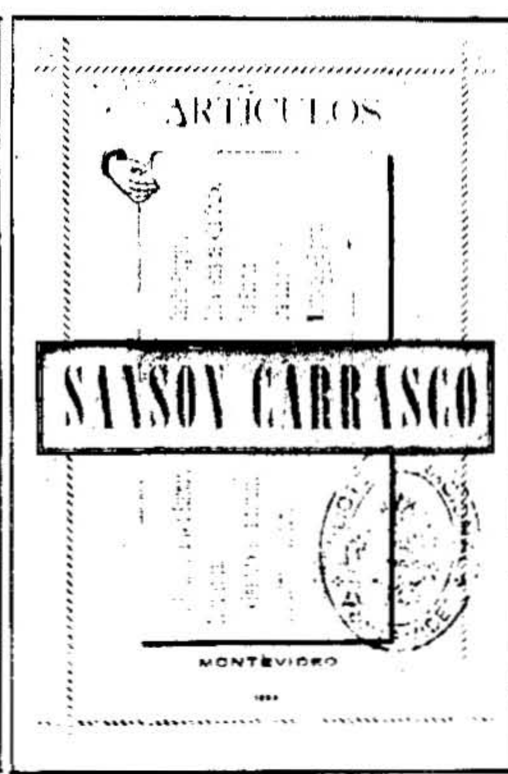
CARLOS TRAVIESO

GUERRA GRANDE

EPISODIOS DE LA DEFENSA DE MONTEVIDEO

MONTEVIDEO

1919


ARTÍCULOS

SANSON CARRASCO

MONTEVIDEO

TRADICIONES Y RECUERDOS

MONTEVIDEO ANTIGUO

POR

ISIDORO DE-MARIA

MONTEVIDEO

1887.



Iglesia Matriz en el siglo XIX, aún sin terminar.

gráfica argentina. Pero puede aventurarse que la actitud central, la postura común del material más atendible es la del hombre que se inclina sobre su pasado y considera que lo vivido tiene un valor ejemplar, o valioso, o esclarecedor y merece ser registrado. En una sociedad de familias, esta actitud se concretó a menudo dejando a los descendientes un testimonio veraz de uno mismo. Lo dijo Alfredo Vásquez Acevedo e, incesantemente, nuestro gárrulo huésped Tomás de Iriarte. Pero casi siempre, también, el acicate ha sido menos neutro, menos desinteresado. Dejar una determinada imagen a nuestros hijos y nuestros nietos representa una actitud de defensa frente a otras que puedan competir con ella. Pero la actitud de defensa es muchas veces harto más explícita y decisiva: tal es el caso de la valiosa **Memoria** del coronel Ramón de Cáceres o, en cuanto tiene que ver con su padre, del libro de Pedro S. Lamas. O, en lo atinente a los aciertos y méritos del caudillo admirado —Rivera, en este caso— de las memorias de la Guerra Grande del sargento mayor Francisco L. Dairault. También pudo darse, y se dio, el registro secreto que vale como revancha, justificación postrera y protesta reprimida. Es un impulso que está en el diario de Iriarte de la Defensa de Montevideo y (se dice) en el "diario" en clave que Francisco Solano Antuña llevaba simultáneamente en el Cerrito de Oribe. Hubo asimismo quien escribió para probar servicios y expectativas de retribución, como lo hizo José Encarnación de Zaz en sus interesantes apuntes. Y aun no faltó quien dictara sus memorias para acrecentar su importancia en los sucesos, como lo enrostra Fernández Saldaña —por lo habitual tan blando para los hombres de su partido— al general Ventura Rodríguez (1825-1901). Lo que no impide, digamos de paso, que el intento redondee uno de los libros más amenos, más viables de nuestra autobiografística.

Con textos de más limitado radio ocurre algo similar. Pues si se recorre la literatura memorial sobre nuestras guerras civiles y tumultos políticos —la que existe, en especial, sobre las revoluciones de 1897 y 1904 es muy considerable— la obra aboga regularmente por determinados jefes, busca descargar o endosar determinadas responsabilidades a hombres y partidos en precisas circunstancias: golpes de estado o batallas, casi siempre. Cuando no es "pro domo sua", que en el caso de este material es menos frecuente.

LOS SUEÑOS Y LAS TRAVESÍAS: LOS VIAJEROS

La narrativa de viajes constituye un sector de la literatura memorial que en ciertos países —tal es el caso de Inglaterra— cobró verdadera entidad de género independiente. Y ello se explica de modo suficiente si se atiende a que ese caudal incesante de libros acompasaba un proceso ininterrumpido de expansión sobre el mundo, al que servía al mismo tiempo



Teófilo Díaz

TRES MEMORIALISTAS MILITARES

Las "Memorias póstumas" del general José María Paz (1789-1854) y las memorias y diarios del general Tomás de Iriarte (1794-1876) revistan entre los conjuntos más considerables de la literatura autobiográfica argentina y constituyen posiblemente los dos de mayor interés desde el punto de vista humano, social e historiográfico. De origen y formación muy diferentes (Paz nació y creció en la severa disciplina clásica de la Córdoba jesuítica; Iriarte, porteño, hubo de hacerse hombre entre el precoz tumulto romántico de la guerra de la independencia española) las rutas de ambos se cruzan sobre el ancho escenario de la insurrección rioplatense y de las luchas civiles que la siguieron. Temperamentos disímiles y alejados por una fuerte antipatía que las páginas de Iriarte justifican morosamente, los dos representan, sin embargo, una sola actitud. Es la del militar de carrera, hecho en las rígidas disciplinas de la ordenanza española y que, sobre ello, enfrenta la faena guerrera como labor de alta precisión y sólido, profesional ajuste de todas las piezas en juego. Los dos vivieron para desesperarse, para desvivirse (y ésta es la sustancia de buena parte de sus respectivas obras) con los modos de la guerra montonera y sus caudillos, con su desorden, su dispendio, su imprevisión, su inaudito zafarrancho humano. Los dos, también, tuvieron importante presencia en la historia uruguaya: corta y decisiva la de Paz, exiliado unitario primero, jefe de la Defensa de Montevideo en 1843 más tarde; larga, impotente, masculladora la de Iriarte, artillero distinguido, relegado por los mandos y residente montevideano casi sin interrupciones desde 1837 hasta el fin de la Guerra Grande. Su testimonio implacable de nuestros hombres dirigentes y nuestros partidos, aun con todas las restas que imponga la visible misantropía que lo dicta, es un elemento inexcusable para ese período de nuestro pasado y una contraluz muy meritoria para nuestra historiografía de disculpa o panegírico. Pero también en Paz hay una ácida mirada para el caudillo reinante de su bando y para casi todo lo que lo rodeaba.

Extraña —y esto es lo que justifica la reunión de los tres en un sólo recuerdo— es la afinidad de actitud con ambos que presentan la vida y los afanes del coronel Ramón de Cáceres (1798-1867). También este montevideano, militar autodidacto, fogueado en la montonera artiguista, parece haber llevado adentro las rígidas formalidades del oficial de academia y de carrera. También su "Memoria póstuma" y sus variados apéndices emiten la misma protesta, el mismo desdén, por el desbarajuste de la guerra gaucha y la incapacidad entronizada. También tenía una pluma suelta y amena, al servicio de su visión severa, pero más cálida que la de Paz y más justa, menos enconada, que la de Iriarte. Su testimonio, que va desde la Patria vieja hasta la década del cincuenta, lo hace uno de nuestros mejores memorialistas y el más interesante de índole militar. Sus páginas vertidas por cuidadosa edición técnica en la ríspida grafía de la época, están esperando la actualización que las convierta en una de las lecturas predilectas de todo curioso de nuestro pasado.

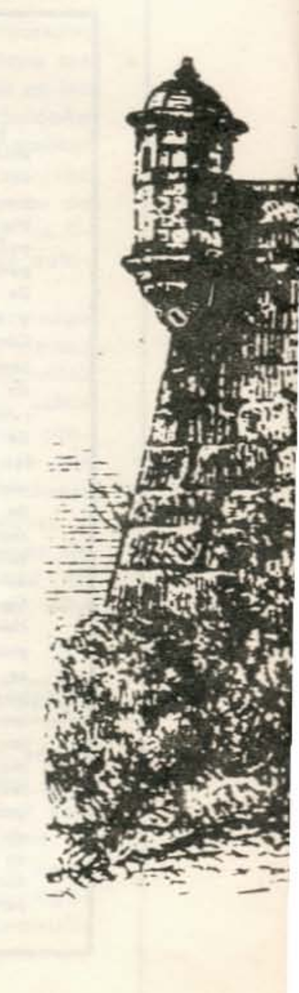
de testimonio y acicate. A lo que aún habría que sumar, a cierta altura de tal fenómeno, la golosa proclividad romántica de los europeos por lo pintoresco y lo exótico de lejanas sociedades y de heterogéneas civilizaciones.

Poco de todo ello registra nuestra relativamente parca literatura de viajes. El anhelo, la meta, era la luminosa normalidad civilizada, y no la excepción penosa que suponíamos ser. Y habría que apuntar, además, la general reticencia de nuestros hombres del siglo XIX a todo desplazamiento que excediera los contornos de la zona platense o las más inmediatas del Brasil. El general Rivera, en 1846, ante el largo viaje que sus enemigos de la Defensa le ofrecían como decoroso destierro, protestaba: **Ni mis habitudes, ni mis circunstancias permiten que yo acepte ninguna misión a Europa, a donde decididamente me niego a ir.** José Pedro Ramírez anotó, en 1875, en las páginas iniciales al libro de Vedia sobre la barca "Puig", que estaba muy lejos de sus proyectos cualquier viaje dilatado: **Un viaje no ya a la Habana, pero ni siquiera a Europa o a los Estados Unidos, era algo que no entraba en mis cálculos, ni en mis aspiraciones ni en mis sueños.** Rivera y Ramírez expresaban así, al distinto nivel del caudillo y el doctor, una actitud general, una postura que la incomodidad y el peligro de los viajes transatlánticos de la época no dejan sin explicación pero que, sin embargo, es drásticamente disímil —póngase un caso cercano —a la de la generación argentina del 80. En 1898, en **Mi Montevideo,** Arturo Giménez Pastor anotaba que los montevideanos soñaban tanto en París como los porteños, pero la semejanza paraba ahí: los porteños iban y los montevideanos, no.

Estaban, sin embargo, los arriesgados y los curiosos, a los que hay que sumar el lote nunca inexistente de los exilados, y el de los diplomáticos, y el de aquellos a los que sus estudios —en especial los médicos— empujaban a los caminos de Europa o de los Estados Unidos.

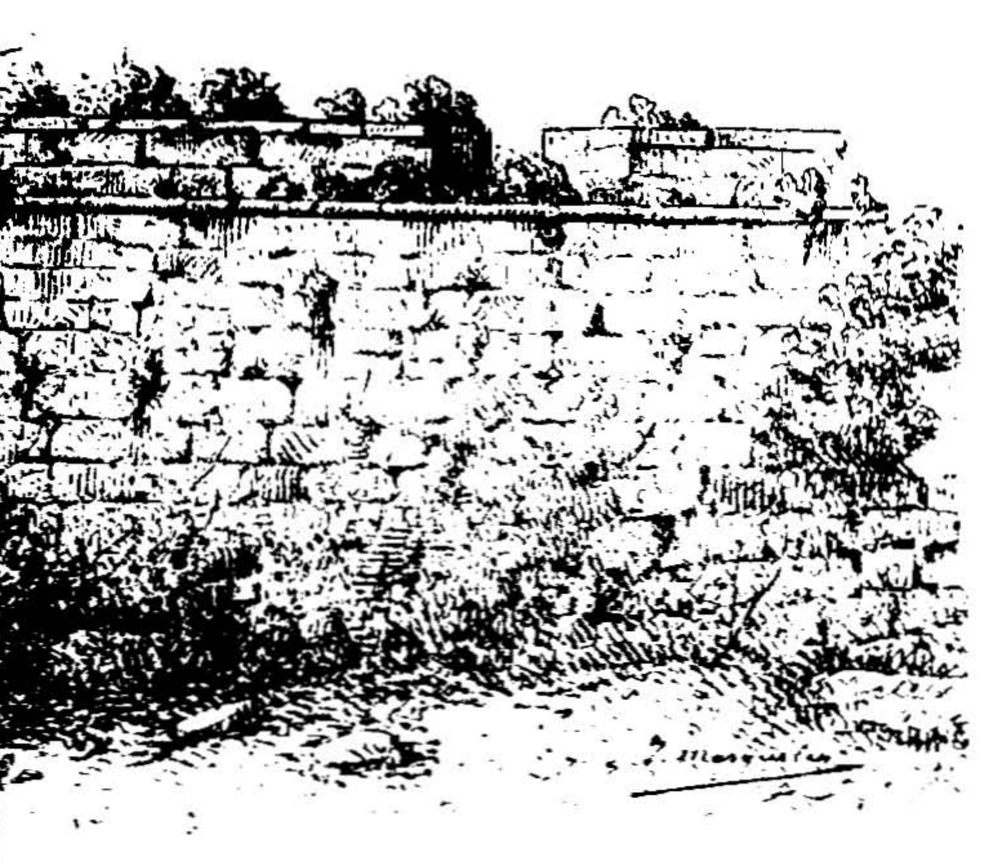
De más está decir que la narrativa y, ocasionalmente, la ensayística en que esas travesías decantaron es de muy desigual factura literaria y obedece a muy diversas solicitaciones y modos de elaboración. Correspondencias periodísticas fueron originalmente, por ejemplo, las cartas de Varela (1867-1868) desde los Estados Unidos y Europa. O las páginas que Luis Alberto de Herrera destinó al diario **El Día** en 1901 **desde Washington.** O los artículos que a Rodó le encargara la empresa de **Caras y Caretas** y que cierran su carrera literaria en el conjunto de **El camino de Paros.** Epístolas de ostensible consumo familiar, pero presumiblemente concebidas para la publicación, son las que integran **Resonancias del camino,** de Zorrilla de San Martín. "Diarios", de espontáneo, vivo registro son los que en distintas épocas llevaron Francisco Xavier de Viana, José Ellauri, Teodoro Miguel Vilardebó u Horacio Quiroga. Y libros, por fin, con todo el empaque de tales, tampoco faltaron: **La ciudad acústica,** el volumen que Eugenio Garzón dedicó a su amado París en 1927 es uno de ellos. Otros, **Tierra española** y la parte de **Crítica y arte** de Gustavo Gallinal que se denomina **Visiones de Italia.** Lo que no quiere decir que en algunas correspondencias no esté presente el mismo designio de pulcritud estética, como es el caso notorio de las de Rodó. Y lo que quiere decir, en cambio, si es que se atiende a los ejemplos colacionados, que toda esa "voluntad de literatura" es un fenómeno de nuestro siglo XX, que muy difícilmente encuentra precedentes en la mucho más desprolija viajería del XIX.

No es este el lugar para intentar ni siquiera el esbozo de las implicaciones socio-culturales que esta literatura de viajeros posee, al modo de la que tan agudamente realizara no hace mucho David Viñas desde la otra orilla del Plata (**Literatura argentina y realidad política,**



Buenos Aires, 1964). Lo que sí, aunque de modo generalísimo, puede registrarse, es que la experiencia del viaje y su registro literario tuvo en sus más lejanas versiones pero también hasta nuestro tiempo (**Desde Washington** y **Sin nombre**, de Herrera, son ejemplos) un dominante, mayoritario sentido. Ese sentido no fue otro que el del esclarecimiento, por medio del contraste con las vivencias del trashumar, del propio contorno social uruguayo, y sus lastres, sus posibilidades, sus trazos peculiares a veces penosos y a veces (aunque mucho menos) dignos de orgullo. Tal actitud es característica de la generación de fundadores civiles y esa especie de paso urgido por destilar zumos eficaces, recoger ejemplos, plantear incitaciones aproxima extrañamente la gira noratlántica de Varela a la de aquellos rusos, aquellos japoneses, que en su mismo tiempo y en los mismos escenarios se aplicaron a similar tarea.

Vendría tras todo ello, es cierto, el desdén por la "edad fenicia" y nuestra literatura del modernismo y el postmodernismo no careció tampoco del viaje como regodeo estético y del viaje como "peregrinación a las fuentes" de una cultura de afinadas y minoritarias experiencias. "El camino de Paros" de Rodó, los ya nombrados textos de Gustavo Gallinal y **Perfiles de viaje** (1932) de Eduardo de Salte-



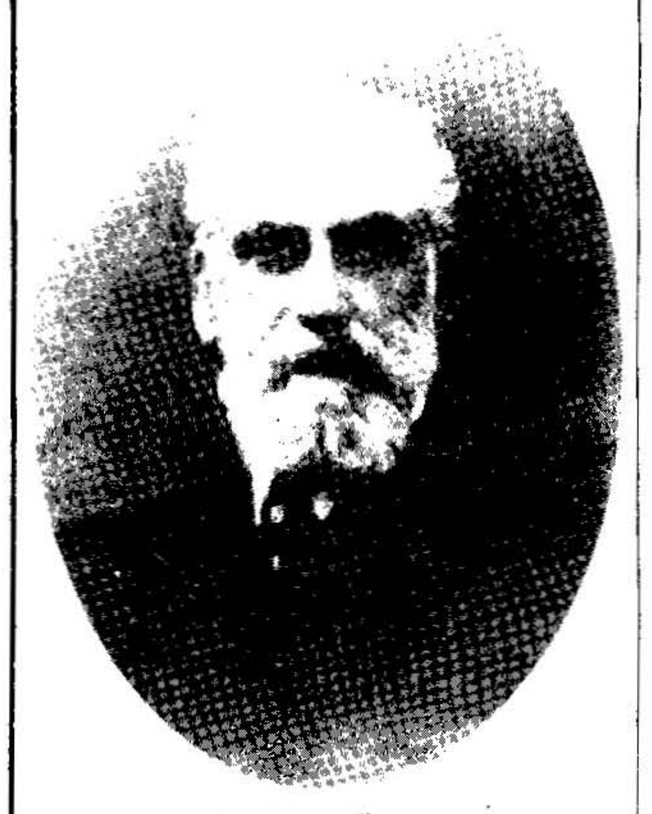


aleza de Santa Teresa. Grabado de J. Masquelar.

DOS OLVIDADOS

D. Antonio Pereira (1838-1906) era hijo de quien ocupó la presidencia de la república entre 1856 y 1860. Tal ascendencia, abriendo la marcha de su recuerdo, cobra su sentido si se recapitula que representó para él la gran fortuna y el lustre social, aunque también (probablemente) muchas tenaces animadversiones cuando los ramalazos de la severa justicia de Quinteros (1858) se fueron haciendo tradición de revancha y odio. Sea cual fuere la causa, Antonio Pereira, a quien es imposible no querer cuando se le siente vivo y dolido en sus libros, representa un tipo humano extremadamente melancólico. Es el del gran señor, lleno de dotes y de generoso celo por la comunidad, al que todos dan como muy cumplido con su alta situación y a quien nadie considera postulable para función o cargo alguno, y debe entonces conformarse con las mortecinas retribuciones de una beneficencia notoria. Tal fue la circunstancia vital de Antonio Pereira, aunque también algunos ribetes de excentricidad obraran en su lote. Y no es poca excentricidad haber escrito tanto como él escribió sin eco, sin retribución social visible. Tal ausencia puede considerarse justa para su desmesurada y deficiente "Historia de las bellas artes" o para otros hijos de su pluma. No lo es, en cambio, para los cuatro volúmenes de memorias y evocaciones que redondean "Recuerdos de mi tiempo" (1891), "Cosas de antaño" (1893), "Nuevas de antaño" (1898) y "Novísimas cosas de antaño" (1899). Y esto no ocurre sólo porque el empeño evocativo, y en especial en aquellos lugares donde él es raro, se beneficie ostensiblemente con una plusvalía de condición respecto a otros haceres literarios —poesías, drama, novela— de más difícil, competida sobrevivencia. Pues aunque Pereira no tenía, naturalmente, la escritura feliz que poseyeron otros infinitamente menos cultos o vívidos que él, sobrenadan en aquellos libros numerosas estampas, personajes y episodios eficazmente trazados, hábilmente evocados. Y el cuarto de siglo que lo separa de De María, cuyo molde costumbrista siguió ostensiblemente y cuyo éxito también sin duda le acicateó, hace que las memorias de Pereira y su visión costumbrista prolonguen de modo ajustado el material de su predecesor y representen, como el de éste, un insoslayable testimonio de Montevideo, en su caso del que corrió (y sobrevivió) entre las tormentas de la Guerra Grande y el período de las dictaduras militares.

El mismo ánimo nostálgico, la mirada al "buen tiempo viejo", el enfoque conservador que parece casi inseparable de la actitud memorial del "costumbrismo" marcan los nueve libros que el Dr. Domingo González (1837-1926), o "El licenciado Peralta", publicó en los seis últimos años de su existencia. El ex-magistrado, que sobrevivió a su coetáneo por dos décadas, rememora casi el mismo período y sigue las mismas pautas. Pero cierto temor al compromiso del juicio tajante y una mayor distancia de los centros de poder hacen más genérico su testimonio, menos dibujados sus personajes. No veremos en él, como en Pereira, a Joaquín Suárez devorando los modestos "napoleones", ni a Lorenzo Fernández, suprema autoridad eclesiástica de Montevideo, retozando con su perrito por las viejas calles del barrio portuario. Empero, otras calidades lo compensan y también, para muchos sucesos es un testigo imprescindible.



Domingo González

"MAXIMO TORRES" Y "TAX"

La última década de nuestro siglo XIX registra el punto más alto de la marea costumbrista. Pero ya en él, como se decía, la densa forma tradicional lucha con la más liviana de la "crónica" premodernista. Carlos M. Maeso (1853-1912), y también "Máximo Torres", como era preceptivo entre poetas gauchescos y periodistas evocadores, está más cerca de la estructura tradicional y de su espíritu, como lo verifica su libro "Divagando" (1895). Allí, entre bastante pacotilla y páginas olvidables, se despliega con certeras pinceladas ambientadoras la primera caracterización comprensiva de la estratificación social montevideana. "Por los barrios bajos" y "Por los barrios altos" representan, por ello una fecha importante en nuestra pre-sociología, impresionista pero presociología al fin.

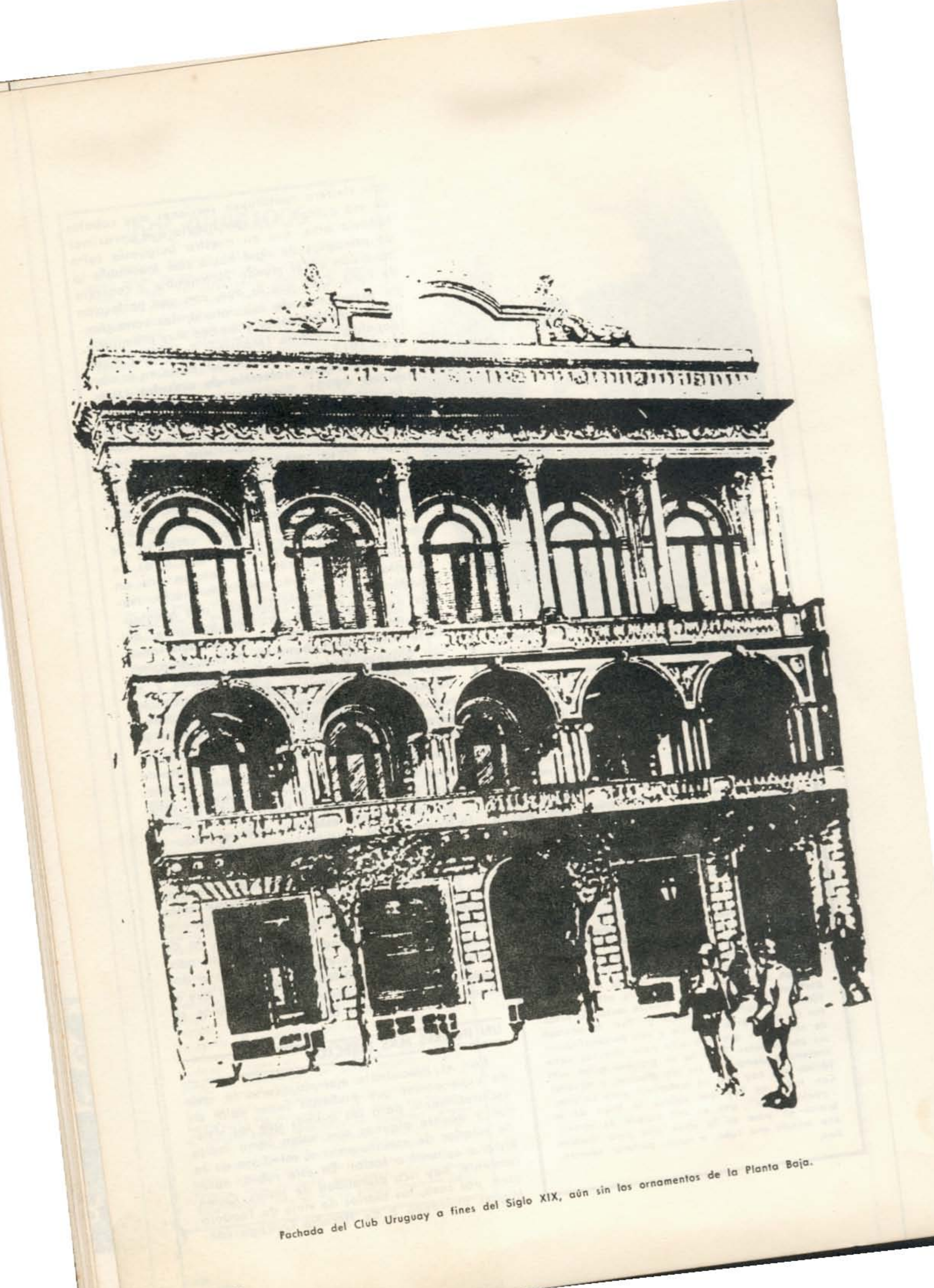
Teófilo Eugenio Díaz ("Tax" - 1853-1918) fue hombre excéntrico y peligroso, con hechos de sangre en una foja de servicios que también incluye, extrañamente, funciones de elevada magistratura y misiones diplomáticas. En la ya mencionada década y aun tras ella publicó una serie de pequeños libros que merecen, por lo menos, la mención. "Entreactos de la vida oficial" (1893), "Espadines" (1894), "Noches de arte" (1896), "Desfile de impresiones" (1896) y "Etiquetas de la confianza, carnaval de 1896" (1896), "Regionales" (1902) mixturan, con la más subida libertad divagatoria, el cuento, la crítica de espectáculos, el ensayo y la crónica social. El revoltijo es un signo de la época y "Tax" lo aderezó con un desparpajo de juicio y una personalización de referencias que han sido poco comunes entre sus compatriotas. Pero no es gracioso quien está convencido siempre de ser tan gracioso, y aquellos libritos son hoy sólo un testimonio para curiosos. Con todo, no hay que saltear la línea de la "crónica social", que es una especie de costumbrismo en pose de la clase alta pero también una mirada que sabe, a veces, perforar apariencias.

rain Herrera constituyen versiones muy cabales de esa actitud. A la que habría que aproximar todavía otra, que en nuestra burguesía culta de principios de siglo hacía casi inevitable la inmersión en el mundo incanjeable y concreto de París. Creo que la dan, con una perfección de experiencia de laboratorio, las correspondencias de un escritor y médico muy promisorio, Leopoldo Thevenin (Monsieur Perrichon) muerto en 1912 en plena juventud. Están en su obra póstuma, **Nueva colección de artículos** (Montevideo, 1913). Signo de la "belle epoque" y de sus reflejos entre nosotros, importa esa postura una concepción de la existencia como espectáculo y disfrute que vivirá, tras la casi siempre fugaz experiencia del viaje, en la nostalgia perenne del espléndido escenario en que tal posibilidad es don de todos los días y todas las horas. Y tal postura, como es previsible, entendería el esfuerzo colectivo de nuestra sociedad o de cualesquiera otras de nuestro hemisferio como la tensión por un "adoptar" y un "parecerse" a tal núcleo resplandeciente de excelencia, con una acentuación desmedida pero también previsible del nivel de "las maneras" y de la importancia de la renovación urbana de la ciudad-capital. Con algunas variantes de significación y en data mucho más reciente, las correspondencias de Arturo R. Despouey desde París, Londres y Nueva York prolongan esa línea de actitud vital que es no sólo una entonación de nuestras clases altas (recuerde el lector **Los viajeros** de Manuel Mujica Lainez) sino también de esas clases medias que el estancamiento de estos países expele sin pausas fuera de fronteras.

El "peregrinaje estético" o el ejercicio de la comparación dolida importan cierres muy drásticos de la mira viajera respecto a los viejos, ilimitados, ingenuos registros. Pero cierto es que la historia de la literatura de viajes, desde Marco Polo hasta hoy, es la de un progresivo estrechamiento de su temática, la de una materia que se adelgaza cada vez más, pues grandes lotes de ella van pasando al dominio de la mera información, a medida que el proceso de comunicación de los pueblos se hace más denso, más fluido.

UN INTERÉS MÁS DIRECTO

Con el precedente ejemplo, corto la serie de experiencias que pudieron tener valor de esclarecimiento para los mismos que las vivieron y apunto algunas que valen como indice de estados de espíritu para el estudioso de la historia cultural o social. En este rubro, naturalmente, hay rica pluralidad de pistas. Quien otee, por caso, los diarios de viaje de Teodoro Miguel Vilardebó o de Horacio Quiroga con-



Fachada del Club Uruguay a fines del Siglo XIX, aún sin los ornamentos de la Planta Baja.

tará con un material, complejo hasta la perplejidad, para iluminar las personalidades igualmente complejas de nuestro primer gran médico y del cuentista misionero. Quien haya leído el libro de Agustín de Vedia, **La deportación a La Habana en la barca Puig,** contará con el retrato más involuntariamente implacable que un grupo político social —los "principistas" del 70— haya hecho de sí mismo. Quien sobrelleve lo tedioso del diario que Francisco Xavier de Viana redactó, entre 1789 y 1794, como oficial de la expedición de Alejandro Malaspina en las corbetas "Descubierta" y "Atrevida", podrá apreciar en toda su amanecida limpidez los generosos ideales aunque también las inexorables limitaciones del espíritu de la **Ilustración** española.

En otro plano y dimensión el interés de la literatura de viajes puede ser mucho más directo. Más directo y, a veces, accidental. En un olvidable libro de Pedro Erasmo Callorda (**Viajes,** Lima, 1940) se lee inopinadamente un hermoso relato de la entrada del general Alvaro Obregón y su ejército a la capital de México, en 1919. Pero también hay un Uruguay visto por los uruguayos, que comienza en Pérez Castellano y en el "Viaje" de Larrañaga de Montevideo a Paysandú y se dilata hasta que el país y sus relieves dejó de ser tema de curiosidad humana y literaria en un tiempo de comunicaciones más fáciles y miradas más distraídas. La generación realista del 80 y el 90 tuvo un gusto especial por este tipo de producción que desmayaría más tarde en letra de propaganda turística; por entonces, no desdeñaron de contribuir a ella Manuel Bernárdez (con "Veinticinco días de campo" y dos libros sobre el país vecino), Samuel Blixen (**De Minas al Cerro**), Domingo Arena (**De Montevideo a la Agraciada**), Daniel Muñoz, Benjamín Fernandez y Medina (**En las cuchillas**), Teófilo Díaz y hasta escritores, como Gustavo Gallinal, Mario Falcao Espalter, Isidro Más de Ayala, de tiempos bastante posteriores.

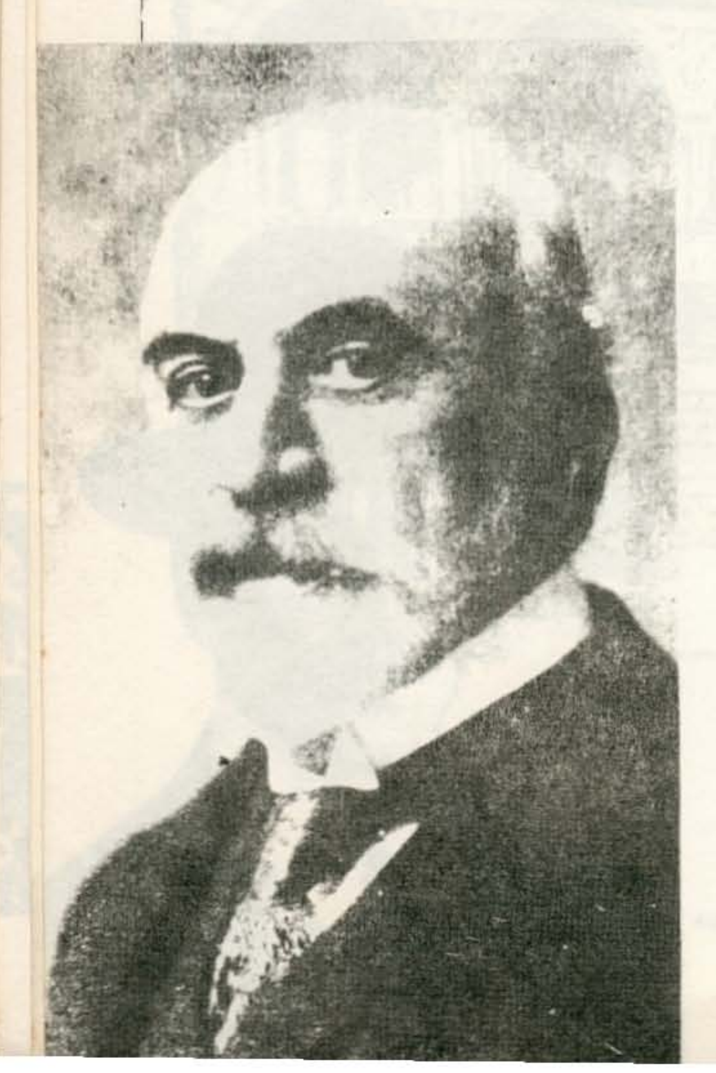
El mundo era todavía el pequeño y propio. Pero a la altura de los últimamente nombrados ya se había abierto a la curiosidad uruguaya



Leopoldo Thévenin.

EL BUEN VINO AÑEJO

Isidoro de María (1815-1906) vivió en el periodismo, en la función administrativa, en la redacción de nuestro primer texto de historia y de la primera semblanza de Artigas, los trámites de su larga, ajetreada existencia uruguaya. Con todo eso, sería un nombre más, una ficha biográfica. Pero entre 1887 y 1895 dio a las prensas los cuatro volúmenes originales de "Montevideo antiguo", una obra que lo ha convertido en nuestro memorialista y costumbrista por excelencia, en el más querido y próximo, de los viejos montevideanos. Amorfo es el libro, errático, discontinuo como suelen serlo los recuerdos de un anciano descargados por enésima vez sobre su aburrida descendencia. Modesta es la escritura, sin pretensiones, sin fallidos remontes literarios. Pero todo el apacible encanto de un Montevideo, ya en aquella hora lejano, está en él. Lugares, costumbres, dichos, rostros de nuestra capital, desde los últimos tiempos de la Colonia a los primeros de la Patria nueva sobreviven felizmente en esas páginas y la aureola de una distancia, que llega frecuentemente al siglo de lo evocado, si esfuma los contornos, como en un gastado daguerrotipo, no miente grandezas que nos caerían desajustadas.



EL INCISIVO MUÑOZ

Aunque no haya prohijado ninguna "ley de residencia", ni escrito sobre el hipo, ni andado junto a los indios ranqueles, ninguna figura uruguaya se asemeja más a la tan perfilada generación argentina del ochenta que Daniel Muñoz (1849-1930). Como ella, Muñoz tuvo participación militante en el racionalismo anticlerical de aquellos años y en 1878 fundó el diario "La Razón" para promoverlo. Como Mansilla, Wilde y, sobre todo Cané, a quien más se parece, vivió una madurez de diplomacia y trashumancia en capitales de Europa y América y era uno de esos rioplatenses obsedidos por hacer pequeños Parises de nuestras desparejas "grandes aldeas". Porque también, si Cané fue Intendente de Buenos Aires, Muñoz fue el primero de Montevideo, cuando se creó el cargo en 1908 y si aquellos son los ápices del fragmentarismo literario argentino, los "artículos" de Muñoz representan lo mismo en el Uruguay. Y todavía juntos en el escepticismo, en la dorada desilusión. Y en el origen patricio. Y en un liberalismo tan sentido como cautelado por las más inflexibles jerarquías de clase. Y en la soterrada veta criolla bajo su andar de "hombres modernos", de diplomáticos "à la page", de hombres bien portantes.

el otro, ancho y amenazador de las dos postguerras. Ellas alumbrarían el libro de viajes de tipo político o ideológico, de intención inquisitiva o propagandística, aun sin excluir —lo que sería imposible— cambiantes, coloridos contornos físicos y humanos. Probablemente haya sido Adolfo Agorio (1888-1965) quien iniciara esta particular modalidad, con su libro **Bajo la mirada de Lenin** (Buenos Aires, 1925), y aun la prolongara con el folleto, de signo tan opuesto, de **Impresiones de la Nueva Alemania** (1935). Pero tras él seguiría la considerable cuantía que representan las obras de Frugoni (**De Montevideo a Moscú** de 1945 y **La Esfinge Roja** de 1948), de Lauro Cruz Goyenola, de Eugenio Gómez, de Jesualdo, de Carlos M. Rama y otros. Y aún, en pos de ellos, esperaba la pasión militante que incrementa hasta hoy la literatura sobre la China nueva, sobre Cuba revolucionaria y el ensayo —reportaje— denuncia sobre las naciones martirizadas de nuestra América. Estoy hablando de los libros de Carlos María Gutiérrez, de Eduardo Galeano, de Carlos Machado y de muchos válidos textos que no han llegado al volumen. Pero esto es, de alguna manera, traer el mundo a casa y pisar sobre un presente que ya no acepta la historia literaria y resbala de nuestro tema a un panorama que tendrá su momento en esta obra.



El Puerto de Montevideo en el año 1901. Col. Museo Histórico Nacional.

BIBLIOGRAFIA BASICA

Nuestra literatura memorial (memorialistas, diaristas, costumbristas, viajeros, evocadores):

DAMASO A. LARRAÑAGA: **Viaje de Montevideo a Paysandú** (1815), Montevideo, 1930, etc.

RAMON DE CACERES: **Memoria póstuma** ("Revista Histórica", T. XXIX, Nros. 85-87).

CESAR DIAZ: **Memorias** (Montevideo, 1959).

VENTURA RODRIGUEZ: **Memorias militares** (Montevideo, 1919).

FRANCISCO L. DAIRAULT: **En el ejército del general Rivera durante la Guerra Grande** (Montevideo, 1957).

DOMINGO GONZALEZ: **La Atalaya de Ulises** (Montevideo, 1922).

LEON DE PALLEJA: **Diario de la campaña de las fuerzas aliadas contra el Paraguay** (Montevideo, 1960).

ORLANDO RIBERO: **Recuerdos de Paysandú** (Montevideo, 1901) y **Azares** (ídem, 1902).

AGUSTIN DE VEDIA: **La deportación a La Habana** (Montevideo, 1965).

PEDRO S. LAMAS: **Etapas de una gran política** (Sceaux, 1908).

DANIEL MUÑOZ ("Sansón Carrasco"): **Artículos** (Montevideo, 1884, 1893, 1953).

ISIDORO DE MARIA: **Montevideo antiguo** (Montevideo, 1887-1895, 1957, etc.).

ANTONIO PEREIRA: **Recuerdos de mi tiempo** (Montevideo, 1891).

ANTONIO D. LUSSICH: **Naufragios célebres** (Montevideo, 1893).

CARLOS M. MAESO: **Divagando** (Montevideo, 1895).

ARTURO GIMENEZ PASTOR: **Mi Montevideo** (Montevideo, 1898).

LUIS PONCE DE LEON: **La revolución del 97** (Montevideo, 1898).

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN: **Resonancias del camino** (París, 1896).

LUIS ALBERTO DE HERRERA: **Por la Patria** (Montevideo, 1898, 1953) y **Desde Washington** (Montevideo, 1903).

ALFREDO VASQUEZ ACEVEDO: **Memoria autobiográfica** ("Revista Histórica", t. XXXVI, Nros. 106-108, Montevideo, 1965).

EUSEBIO GIMENEZ: **Recuerdos del terruño** (Buenos Aires, 1913).

EUGENIO GARZON: **La ciudad acústica** (París, 1927).

LUIS SUAREZ: **De Tupambaé al Apa** (Montevideo, 1930).

PEDRO ERASMO CALLORDA: **Films** (Lima, 1939)

LUIS ENRIQUE AZAROLA GIL: **Ayer 1882-1952** (Lausanne, 1953).

EDUARDO DE SALTERAIN HERRERA: **Las estaciones** (Montevideo, 1955).

JOSEFINA LERENA ACEVEDO DE BLIXEN: **Novecientos** (Montevideo, 1967).

JULIO C. DA ROSA: **Recuerdos de Treinta y Tres** (Montevideo, 1961).

Dos estudios:

HECTOR VILLAGRAN BUSTAMANTE: **Los cronistas** (en "Historia sintética de la literatura uruguaya", Montevideo, 1931, vol. I).

PABLO BLANCO ACEVEDO: **Las crónicas y los cronistas sociales** (en "Anales", Nº CXIX, Montevideo, s. f. [1938].

En *CAPITULO ORIENTAL*

N.° 10

LA POESIA GAUCHESCA. DE HIDALGO AL VIEJO PANCHO

y junto con el fascículo, el libro
ANTOLOGIA DE POESIA GAUCHESCA

Indice

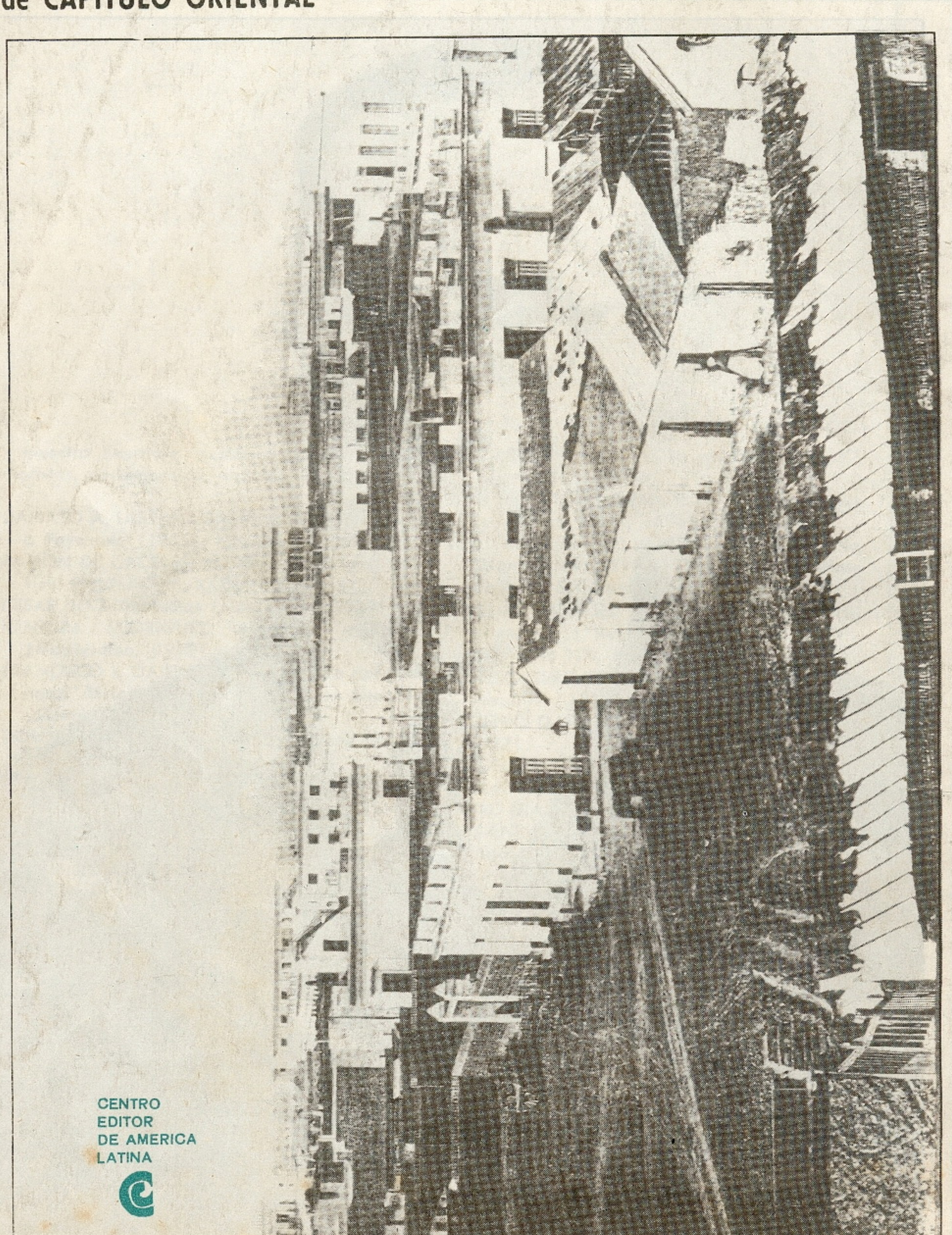
— LAS FUENTES DE LA POESIA GAUCHESCA.
— LOS MEDIOS DE EXPRESIÓN.
— LAS ESTRUCTURAS FORMALES.
— LAS CARTAS GAUCHAS.
— POR QUÉ Y PARA QUÉ CANTAR.



Autorretrato de Pedro Figari. Col. Margarita Figari de Faget.

Este fascículo, con el libro
EL URUGUAY Y SUS PROBLEMAS EN EL SIGLO XIX
(antología)
constituye la entrega N.o 9
de **CAPITULO ORIENTAL**

Precio del fascículo más el libro: **$ 100.-**


Esquina de lo que es ahora la Avenida Gral. Rondeau y su desembocadura en la Plaza Libertad, en la primera mitad del siglo XIX.

CENTRO EDITOR DE AMERICA LATINA

Impreso en el Uruguay - Printed in Uruguay - Hecho el depósito de ley.
Impreso en "Impresora REX S. A.", calle Gaboto 1525, Montevideo, en marzo de 1968.
Comisión del Papel - Edición amparada en el art. 79 de la ley 13.349.